

# Capítulo 9 - Cruzando el Umbral de la Desilusión - Una Guía Práctica sobre la Hechicería [Libros 1-4, Actualización de Julio 3]

Siobhan

Mes 9, Día 30, Miércoles, 1:00 a.m.

Ya era bastante tarde cuando abandonaron la casa de Liza. Siobhan llevaba la jaula con el cuervo mensajero, que Liza le había regalado sin coste alguno.

Al llegar a la calle, se sorprendió—y sintió algo de vergüenza—al darse cuenta de que en realidad no sabía dónde se encontraba la Penitenciaría de Harrow Hill. “Voy bastante bien navegando por la ciudad para alguien que llegó hace apenas unos días,” se consoló a sí misma, señalando a Dryden que tomara la delantera.

Era mejor que él lo hiciera, porque ella volvía a estar en la cuerda floja ante la fatiga mental y necesitaba relajar su mente. Era solo otro recordatorio de su debilidad inaceptable. Liza había hecho diez veces más por el hechizo que ella, y la mujer mayor parecía aún clara y con solo un poco de cansancio al partir. “Mi abuelo estaría avergonzado,” se confesó en silencio. “Solo por eso, debo aprovechar esta oportunidad para ingresar en la Universidad, cueste lo que cueste.”

Mantuvo la capucha levantada, pero las calles estaban desiertas, y el único policía que vieron estaba a varias cuadras con la espalda vuelta a ellos. Sin embargo, continuaron apresurándose antes de que pudiera notarlos.

Dryden los guió por un camino serpenteante sobre puentes y por calles estrechas, pero finalmente llegaron a uno de los canales con muros de piedra que atravesaban la ciudad. “Esto debería ser suficiente,” dijo, señalando un edificio de piedra considerable a unos cientos de metros del río. Era una estructura única, en forma de cruz, probablemente diseñada para aprovechar la forma mágica que la estructura proporcionaba al emplearla en hechizos. La razón por la que muchas de las

construcciones más costosas eran redondas y con cúpulas, o tenían torres circulares, era la misma. La Penitenciaría de Harrow Hill era más sólida que alta, asentada en una ligera elevación del terreno, y parecía haber intimidado a todos los edificios cercanos, que se alejaban temerosos. Un muro de piedra rodeaba el perímetro en círculo, completando la fortaleza.

Siobhan abrió la puerta de la jaula del cuervo.

El ave, fortaleciéndose con el hechizo, saltó fuera, aunque parecía no tener prisa alguna por hacer otra cosa que mantenerse de pie, sin rumbo, en el suelo.

Dryden la empujó suavemente con un dedo, frunciendo el ceño al notar que no respondía. “¿Se supone que debe actuar así?”

Siobhan no tenía idea. Sacó de un bolsillo la bolsa con partes de pájaro—las extraídas del cuervo sacrificado—y, al volver a tenerla en mano, sintió un pequeño movimiento en su mente, como el extremo de un hilo al que podía agarrar. Tiró del recuerdo mental de la conexión.

El cuervo en el suelo agitó sus alas.

“Definitivamente subestimé a Liza. Es una hechicera poderosa, quizás incluso a nivel de un Maestro o un Gran Maestro,” pensó Siobhan, tomando con más firmeza las riendas del hechizo, experimentando cómo controlar a la criatura. A diferencia del uso de un artefacto, no había interruptores, perillas ni condiciones que cumplir para que la magia funcionara. Liza había diseñado una compleja serie, pero incluso con esa detallada palabra escrita, este hechizo dependía del Voluntad y del poder bruto de los Sacrificios.

“Encuétralo,” susurró.

El cuervo emprendió el vuelo.

Siobhan experimentó una visión doble desconcertante, pues la vista del ave se superponía a la suya, obligándola a cerrar los ojos mientras ella se desplazaba.

El cuervo tenía un campo de visión más amplio que ella y podía enfocar objetos pequeños desde mayor distancia, aunque su visión nocturna era deficiente. Sin embargo, contaba con la aguja de hierro que indicaba el camino hacia su padre, y eso era todo lo que necesitaba.

Impulsado por la prudencia, se posó en las ramas de uno de los pocos árboles dentro de los muros de la prisión, atento a cualquier movimiento o signo de los guardias. Dirigió su pico hacia un pequeño agujero de barrotes de hierro en la piedra gris y gruesa del piso superior. No había cristales en ninguna de las ventanas que daban al exterior, pero ella observó que algunas estaban cerradas con contraventanas de madera. Esta ventana estaba abierta.

“Si interpreto correctamente las indicaciones, esa es la ventana de la celda de mi padre”, envió el cuervo volando hacia ella.

La criatura de plumas oscuras aterrizó, y su forma, resaltada por la luz de la luna, proyectó una sombra sobre el suelo en el interior. Incluyó su cabeza y observó el bulto cubierto por una manta que yacía sobre la piedra. Siobhan sintió una punzada de incomodidad, como una picazón, cuando el ave, más sensible a la magia que cualquier humano, percibió las barreras tejidas en las paredes y el suelo. El ave graznó.

El prisionero se agitó y volvió la mirada hacia la ventana, entrando en la luz de la luna.

Siobhan respiró aliviada al ver el rostro de su padre.

Tenía un pequeño hematoma en una mejilla pecosa, y su mandíbula se había vuelto desaliñada, cubierta de barba de cobre oscuro, pero sus extremidades se movían con normalidad y parecía estar sin heridas graves.

Él frunció el ceño al cuervo y agitó las manos en su dirección. “¡Fuera! Vete, estúpido pájaro”. Su voz tenía un ligero acento del norte, de las islas donde nació, origen también de su nombre.

Con un tirón mental por el vínculo entre ambos, Siobhan habló a través del pico del cuervo y también con su propia voz. “Padre, soy yo”. Desde el lado del cuervo, la expresión salió como un croar ligeramente distorsionado, sorprendentemente sonoro, pero las palabras eran reconocibles.

El padre retrocedió rápidamente contra la pared lejana, con una velocidad y un nivel de miedo que le parecieron, de manera punzante, casi cómicos. Después de unos segundos de respiración pesada, se apartó de la sombra del rincón. “¿Siobhan? ¿Eres tú, querida?”, preguntó con tono afectuoso.

Ella frunció el ceño ante la manera en que su voz se suavizaba, y cómo pronunciaba “querida” de forma coercitiva. Había oído ese tono y ese apodo en muchas mujeres a lo largo de su vida, siempre cuando él buscaba algo de ellas y solo podía ofrecerles unos gestos encantadores y una sonrisa, supuestamente, apetitosa. Heredó los rasgos de su madre, y de pequeña, cuidó de imitar el habla de su abuelo, así evitaba el acento. “Soy yo”, volvió a decir. “¿Estás bien? ¿Qué te han contado?”

En lugar de responder, Ennis se acercó, se levantó y extendió la mano para tocar al cuervo. Retiró los dedos rápidamente cuando el ave agitó sus alas y picoteó en su dirección, quizás por decisión propia, o tal vez percibiendo su nerviosismo. “¿Cómo terminaste convertida en pájaro? Nunca hiciste esto antes. ¿Te enseñó el viejo?”.

Siobhan apretó los dientes, ignorando la curiosidad en la mirada de Dryden hacia su cuerpo real. “Olvídalo. Dime qué saben los policías. Parece que no te han hecho daño. ¿Te han dado alguna información sobre lo que te espera o sobre su búsqueda de mí?”.

Su padre sonrió. “Bueno, querida, en realidad no está tan mal aquí. Te digo que, cuando me capturaron, grité y luché bastante. También di unos buenos golpes a unos cuantos. Pero, al final, después de aprender que no tenía el libro del viejito profesor, solo querían saber de ti”.

Su corazón se hundió ante la expresión radiante en su rostro. Aunque no podía precisar exactamente qué pensamientos cruzaban su mente, era evidente que no le importaba en absoluto su bienestar.

“Los Gervin, son una de las Familias de la Corona, ¿lo sabes? Tan ricos que nunca tendrías que trabajar un solo día en tu vida, y, por supuesto, como tu padre, yo también estaría bien cuidado”—Pareció advertirse y se aclaró la garganta para interrumpir su divagación—“Lo que quiero decir es que algunos representantes de los Gervin vinieron a verme mientras los policías llevaban a cabo su interrogatorio, y, por cierto, con una actitud demasiado agresiva—y cuando les dije que tú eras Siobhan Naught y sobre tu linaje materno, y que traías contigo el libro, mostraron más que interés en llegar a un acuerdo. Aún tienes el libro, ¿verdad?”

Cerca del canal, Dryden tocó su hombro para advertirle de las personas que pasaban, un pequeño grupo de hombres tambaleantes, con los brazos alrededor de mujeres cuyos escotes descendían tanto que sus pechos casi se escapaban de sus vestidos con vuelo. El grupo pasó, repartiendo una botella y una pipa de humo azul distintivo, ajenos por completo a Siobhan y Dryden.

Siobhan aprovechó la pausa forzada en la conversación con su padre para calmar el agitado latido de su corazón. Algo en sus palabras la hizo erguir la espalda y echar los hombros hacia atrás, como si una postura perfecta y segura pudiera protegerla de sus egoístas y cortoplacistas intenciones. “Él ha hecho algún tipo de trato con la Familia Gervin,” susurró a Dryden, ignorando a su padre, que agitaba la mano frente a la cara del cuervo silencioso, preguntando si le escuchaba.

Cuando el grupo de borrachos y sus prostitutas desaparecieron fuera del alcance, volvió su atención a su padre. “¿Qué acuerdo?”

“¡Que te acepten en la Familia, Siobhan! Es maravilloso, ¿verdad? La dote de boda te permitirá pagar mis multas y vivir cómodamente durante algunos años, además—sin ejecución ni trabajar en las minas para saldar mi ‘deuda’ con las Corona—y tú serás una verdadera dama. Claro está, solo estarías atada a uno de los hijos menores, pero, en fin, nuestro estatus sería mucho más alto que ahora. Una vez que tengas una heredera, ya no podrán expulsarte ni simplemente quedarse con el libro.”

Casi llegó a ahogarse.

Se tocó la sien con una sonrisa de suficiencia. “Mi idea es retener el libro como rehén hasta entonces. Podemos incluir una cláusula en el contrato matrimonial.” Se inclinó conspiradoramente. “De hecho, una vez que hayas dado a luz una heredera, no tendrán ningún recurso, incluso si el libro desapareciera misteriosamente. ¿Quizá vendiéndolo a alguien más? Por lo que puedo deducir, muchos estarían dispuestos a pagar un buen precio por él, aunque nadie sabe exactamente por qué lo desean con tanta avidez. Tal vez sea una reliquia de la era de los Titanes.”

Habló por un rato más, pero ella ya no prestaba atención.

Siobhan parpadeó, mirando las aguas hondas del amplio canal ante ella, reflejando destellos de farolas y la luz de la luna en su superficie. ‘¿Matrimonio? ¿Está negociando su libertad y suficiente dinero para vivir cómodamente como mi...precio de boda?’ Se encontró temblando. Una ola

retardada, un estremecimiento de calor y frío subió por su cuerpo, una reacción física ante la avalancha de emociones.

Ella se encontraba aturdida por la ira que le atravesaba el pecho. “¿Y si me niego?” La voz del cuervo apenas lograba imitar su tono, pero alguna de esa frialdad profunda y severa debía haber llegado.

Su padre parpadeó confundido ante el cuervo, con una expresión bovina. “Pero, querida, ¿por qué te niegas? Esto resolverá todos mis problemas. No solo la encarcelación, sino también tu regreso a una posición adecuada en la vida. Ya no más correr y luchar para levantarnos de nuevo, tú estudiando magia con tanta ansiedad y vendiendo tus servicios a quien pueda pagar en dinero o comida. No tendrás que rugir ni suplicar para ingresar en la Universidad. Los Gervin solo valoran el libro, tu linaje y tus caderas fecundas, no tus habilidades. ¡Podremos viajar por el mundo disfrutando del buen vivir!” Hablaba cada vez más rápido, agitaba los brazos con entusiasmo, pero de repente se detuvo, mirando fijamente a los ojos negros del cuervo. “Tú todavía tienes el libro, ¿verdad? Por favor, dime que no lo has perdido ni desechado. Vale más que todo oro que tú o yo hayamos visto en nuestra vida.”

“¿Resolverá todos tus problemas?” susurró en voz alta, casi sorda por el latir de sangre en sus oídos. En contraste, el cuervo permanecía en silencio.

Dryden puso una mano en su hombro. Decía algo que ella no alcanzaba a comprender, con una expresión de preocupación en el rostro.

Ella lo ignoró, toda su atención centrada en aquel hombre que, a pesar de todo, todavía esperaba que ella cuidara de él más allá de su interés en lo que ella podía hacer por su beneficio. El hombre que ella había creído que la protegería, que la respetaría. ‘He vivido una fantasía,’ pensó. ‘Él nunca fue ese hombre. Lo llamé “Padre” y esperé que cumpliera ese papel. Me mostró su verdadera naturaleza repetidamente, y me desilusioné, pero aún no había reconciliado sus acciones con la imagen que mantenía de él en mi mente.’

El cuervo se movió inquieto, graznando y agitando sus alas con angustia.

“¿Siobhan? ¿Querida?” llamó Ennis, con su rostro aún atractivo iluminado por una expresión de preocupación paternal. “Todo estará bien. Lo prometo.”

El cuervo graznó, golpeando sus alas contra las rejas de hierro que cubrían la ventana. Su visión comenzó a girar, y esa atracción magnética que lo atraía hacia Ennis se volvió caótica, como si el vértigo lo dominara.

El cuervo cayó desde la ventana, con un derrame cerebral violento mientras el hechizo se agotaba. Murió antes de tocar el suelo.

Siobhan respiró con dificultad, levantó la barbilla y miró hacia la oscuridad con una expresión de autoridad, altiva y vacía. “Ese hombre no sabe nada que pueda dañarnos. Podemos irnos.”

Dryden la observó con preocupación, pero decidió no decir nada.

Siobhan dio un paso adelante y, con plena intención, evitó mirar hacia atrás.

---

Revision #1

Created 16 June 2026 11:53:41 by Edward Elric

Updated 16 June 2026 11:53:44 by Edward Elric